

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: AV. VIEL 1166.—SANTIAGO

PREVENCION.—“La Voz de los Muertos,, no tiene ni día ni época fija, para salir á la luz; se publicará todas veces que los medios y las circunstancias lo permitan; posiblemente una vez al mes.

Los que se interesen á su lectura, y deseen recibirla puntualmente, no tienen más que dirigirse á esta redaccion y se le enviará puntualmente sin desembolso ninguno .

El Clero se encarga de propagar nuestra doctrina

Recomendamos á los lectores de nuestra hoja la conferencia dada en la Universidad Católica por el Rector del Establecimiento, Presbítero don Rodolfo Vergara Antúnez (á quien damos las gracias, por haber de una manera tan notable, llamado la atención pública hácia el Espiritismo, inspirando á muchos el deseo de estudiar esta doctrina, ojalá otros sigan el ejemplo de los Reverendos señores Vergara Antúnez y Omer Emeth), el 31 de Agosto próximo pasado y publicada en los diarios *Unión* del 1.º de Setiembre y *Diario Popular* del 3 y 4, en la cual confirma la verdad irrefutable de la existencia de los Espíritus. Esta confirmación tan explícita, hecha por un miembro del clero chileno, de la cultura intelectual del conferencista, es el mejor galardón para nosotros, puesto que ya los católicos no podrán tildarnos de ilusos ó de locos.

Por lo referente á la primera parte de la conferencia, las personas que deseen tener un conocimiento más claro é imparcial de lo que es el Espiritismo, pueden leer nuestra hoja núm. 1, que enviaremos grátis á cuantos nos la pidan.

Respecto á la aseveración hecha por el señor Vergara Antúnez, en la segunda parte de su conferencia nuestros lectores encontrarán respuesta en la presente hoja, en la cual nos proponemos refutar las mismas teorías lanzadas al mundo católico en Francia desde el año 1865, en una pastoral del Eminentísimo Cardenal Goussel, Arzobispo de Reims, y que en razón del mérito personal y de la posición del autor

ya citado, se pueden considerar como la más alta expresión de la Iglesia sobre la añeja doctrina de los demonios.

LA REDACCIÓN

INTERVENCION

DE LOS

DEMONIOS EN LAS MANIFESTACIONES ESPIRITISTAS

Es necesario no desentenderse, en primer lugar, de que eso del demonio es un mito pasado de moda y totalmente desprestijado, en cuya existencia no creen ni los mismos que lo proclamaban, mito que abandonan la mayor parte de los niños junto con sus juguetes y los cuentos de hadas.

(EL FERROCARRIL, 8 de Setiembre de 1907.)

Los fenómenos espiritistas modernos han llamado la atención sobre los hechos análogos que han tenido lugar en todas las épocas, y nunca la historia se ha compulsado más, bajo este aspecto, que en estos últimos tiempos. De la semejanza de los efectos se ha deducido la unidad de la causa. Como en todos los hechos extraordinarios, cuya razón es desconocida, la ignorancia ha visto en ello una causa sobrenatural, y la superstición los ha amplificado, añadiendo creencias absurdas: de ahí una porción de leyendas que en su mayor parte son una mezcla de algo verdadero y mucho falso.

Las doctrinas sobre el demonio, que han prevalecido tanto tiempo, habían exagerado de tal modo su poder, que hicieron,

por decirlo así, olvidar á Dios; por esta razón se le hacía el honor de todo lo que parecía sobrepasar la fuerza humana; por todas partes aparecía la mano de Satanás; las mejores cosas, los descubrimientos más útiles, todos aquellos que podían sacar al hombre de la ignorancia y ensanchar el círculo de sus ideas, han sido diferentes veces considerados como obras diabólicas. Los fenómenos espiritistas, más multiplicados en nuestros días, mejor observados sobre todo, con ayuda de las luces de la razón y los datos de la ciencia, han confirmado, es verdad, la intervención de inteligencias ocultas; pero obrando siempre en los límites de las leyes de la naturaleza, y revelando por su acción una nueva fuerza y leyes desconocidas hasta este día. La cuestión se reduce, pues, á saber de que órden son estas inteligencias.

Sobre este punto, como sobre muchos otros, la Iglesia sostiene sus viejas creencias en lo que concierne á los demonios. Ella dice: «Tenemos principios que no han variado desde dieciocho siglos, los cuales son inmutables.» Su mal está precisamente en no tomar en cuenta el progreso de las ideas y en creer á Dios muy poco sabio, para no proporcionar la revelación al desarrollo de la inteligencia, para usar con los hombres primitivos el mismo lenguaje que con los hombres avanzados. Si, mientras que la humanidad adelanta, la religión se empeña en sostener viejos errores tanto en materia espiritual como en materia científica, y llega un momento en que se desborda la incredulidad.

Veamos cómo explica la intervención exclusiva de los demonios en las manifestaciones modernas.

—«En su intervención exterior, los demonios no están menos solícitos en disimular su presencia, para apartar las sospechas. Siempre astutos y pérfidos, atraen al hombre en sus emboscadas antes de imponerle las cadenas de la opresión y de la servidumbre. Aquí despiertan la curiosidad por fenómenos y juegos pueriles; allá llenan de admiración y subyugan por el atractivo de lo maravilloso. Si lo sobrenatural aparece, si su poder les quita la máscara, calman y aplacan las aprensiones, solicitan la confianza, y provocan la familiaridad. Tan pronto se hacen pasar por divinidades y buenos genios, como toman los nombres y aun las facciones de los

muertos que han dejado alguna memoria entre los vivos. A favor de estos fraudes, dignos de la antigua serpiente, hablan y se les escucha, dogmatizan, y se les cree; mezclan á sus mentiras algunas verdades, y hacen aceptar el error bajo todas las formas. A eso van á parar las pretendidas revelaciones de ultra-tumba; para obtener este resultado, la madera, la piedra, los bosques y las fuentes, el santuario de los ídolos, el pié de las mesas, la mano de los niños, producen oráculos, por eso la pitonisa profetiza en su delirio, y el ignorante, en un misterioso sueño, viene á ser de repente el doctor de la ciencia. Engañar y pervertir; tal es, por todas partes y en todos los tiempos, el objeto final de estas extrañas manifestaciones.

Los resultados sorprendentes de estas observaciones ó de estos actos, la mayor parte extravagantes y ridículos, no pudiendo proceder de su virtud intrínseca, ni del orden establecido por Dios, sólo pueden resultar del culto de las potencias ocultas. Tales son, especialmente, los fenómenos extraordinarios, obtenidos en nuestros días por los procederes, en apariencia inofensivos, del magnetismo, y el órgano inteligente de las mesas parlantes. Por medio de estas operaciones de la magia moderna, vemos reproducirse entre nosotros las evocaciones y los oráculos, las consultas, las curaciones y los prestigios que han ilustrado los templos de los ídolos y de los antros de las sibilas. Como en otro tiempo, se manda á la madera, y la madera obedece; se la interroga, y responde en todas las lenguas y sobre todas las cuestiones; se encuentra uno en presencia de seres invisibles que usurpan los nombres de los muertos, y cuyas pretendidas revelaciones llevan el carácter de la contradicción y de la mentira; formas ligeras y sin consistencia aparecen de repente, y se muestran dotadas de una fuerza sobrehumana.

¿Cuáles son los agentes secretos de estos fenómenos, y los verdaderos actores de estas escenas inexplicables? Los ángeles no aceptarían estos papeles indignos, y no se prestarían á todos los caprichos de una vana curiosidad. Las almas de los muertos, que Dios prohíbe el consultar, permanecen en la morada que les ha señalado su justicia, y no pueden, sin su permiso, ponerse á las órdenes de los vivos. Los seres misteriosos que comparecen así al primer

llamamiento de los heréticos y de los impíos, como de los fieles, del crimen, como de la inocencia, no son ni los enviados de Dios, no los apóstoles de la verdad y de la salvación, sino los secuaces del error y del infierno. A pesar del cuidado que tienen en ocultarse bajo los nombres más venerables, se hacen traición por la ninguna importancia de sus doctrinas, no menos que por la bajeza de sus actos y la incoherencia de sus palabras. Se esfuerzan en borrar del símbolo religioso los dogmas del pecado original, de la resurrección de los cuerpos, de la eternidad de las penas, y toda la revelación divina, á fin de quitar á las leyes su verdadera sanción y abrir al vicio todas las barreras. Si sus sugerencias pudiesen prevalecer, formarían una religión cómoda para el uso del socialismo i de todos aquellos á quienes importuna la noción del deber y de la conciencia. La incredulidad de nuestro siglo les ha preparado los caminos. ¡Ojalá que las sociedades cristianas puedan por una vuelta sincera á la fe católica, escapar del peligro de esta nueva y temible invasión!» (CARDENAL GOUSSEL; *Pastoral á los fieles en la cuaresma de 1865*).—

Toda esta teoría descansa en el principio de que los ángeles y los demonios son seres distintos de las almas de los hombres, y que éstas son producto de una creación especial, inferior aún á los demonios en inteligencia, en conocimientos y facultades de toda clase. Concluye la misma teoría con la intervención exclusiva de los malos ángeles en las manifestaciones antiguas y modernas, atribuidas á los espíritus de los muertos.

Admitamos, por hipótesis, la doctrina arriba dicha, y veamos si por sus propios argumentos se destruye á sí misma.

Si Dios permitió á los demonios inducir á los hombres á su perdición por sugerencias de toda clase, y el hecho de las manifestaciones ostensibles, ¿porqué, si es soberamente justo y bueno, les habría concedido el inmenso poder de que gozan, dejándoles una libertad de la que hacen tan pernicioso uso, sin permitir á los ángeles buenos neutralizar sus malos efectos por manifestaciones semejantes dirigidas hacia el bien? Admitamos que Dios haya dado una parte igual de poder á los buenos y á los malos, lo que ya hubiera sido un favor exorbitante en provecho

de estos últimos; el hombre, al menos, sería libre de elegir, pero darles el monopolio de la tentación, con la facultad de simular el bien para engañar y seducir con más seguridad, sería un verdadero lazo tendido á su debilidad, á su inexperiencia, á su buena fé; mas aún, sería abusar de su confianza en Dios. La razón se resiste á admitir tal parcialidad en beneficio del mal. Veamos los hechos.

Se conceden á los demonios facultades transcendentales; no han perdido nada de su naturaleza angélica: tienen el saber, la perspicacia, la previsión, el discernimiento de los ángeles, y además la astucia, la destreza y el artificio en grado supremo. Su objeto es apartar á los hombres del bien, y sobre todo, alejarles de Dios para arrastrarles al infierno del cual son proveedores y reclutadores.

Se comprende que se dirijan á los que están en el buen camino y se encuentran perdidos para ellos, si persisten en el mismo; se comprende la seducción y el simulacro del bien para atraerles á sus redes, pero es incomprendible que se dirijan á los que les pertenecen ya en cuerpo y alma para conducirles á Dios y al bien. ¿Pues quién está más en sus garras sino el que reniega de Dios y se hunde en el vicio y el desorden de las pasiones? ¿Este no está ya en el camino del infierno? ¿Se comprende que si es seguro de su presa, le excite á rogar á Dios, á someterse á su voluntad, á renunciar al mal; que exalte á sus ojos las delicias de la vida de los buenos espíritus y le pinte con horror la posición de los malos? ¿Se ha visto jamás á un mercader alabar á sus parroquianos la mercancía de su vecino á costa de la suya, é incitarles á ir á su casa? ¿Un reclutador despreciar la vida militar y ensalzar el descanso de la vida doméstica? ¿Decir á los reclutas que tendrán una vida de fatigas y de privaciones, que hay diez probabilidades contra una de morir, ó al menos, de quedarse sin brazos ó piernas?

Este es, sin embargo, el papel estúpido que se hace desempeñar al demonio; porque es un hecho notorio que, á consecuencia de las instrucciones emanadas del mundo invisible, se ven todos los días incrédulos y ateos vueltos á Dios, rogar con fervor, lo que nunca habían hecho; gentes viciosas trabajar con ardor para su mejo-

ramiento. Pretender que esto es obra del demonio, es hacer de este un verdadero bobalicón. Pero como esto no es una suposición sino un resultado de experiencia, y contra un hecho no hay negación posible, es preciso concluir, ó que el demonio es un torpe en grado supremo, que no es ni tan astuto ni tan maligno como se prétende, y que por consecuencia, no es muy temible, porque trabaja contra sus intereses; ó que todas las manifestaciones no son suyas.

—«Hacen aceptar el error bajo todas las formas; para obtener este resultado, la madera la piedra, los bosques, las fuentes, el santuario de los ídolos, el pié de las mesas, *la mano de los niños*, producen oráculos.»

¿Cuál es, pués, según esto, el valor de estas palabras del Evangelio: «Derramaré mi espíritu sobre toda carne, vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones i vuestros ancianos sueños?—En esos días derramaré mi espíritu sobre mis servidores i mis servidoras y profetizaran? (*Hechos de los Apóstoles*, cap. II, v. 17 y 18)» ¿No es esto la predicción de la mediumnidad dada á todos, aún á los niños, predicción que se realiza en nuestros días? ¿Han anematizado los Apóstoles esta facultad? ¿No la anunciaron como un favor de Dios, i no como obra del demonio? (*San Pablo, primera á los Corintios*, cap. XII, v. 1 á 11, *Dones Espirituales*). ¿Los teólogos de nuestros días saben más que los Apóstoles? ¿No deberían pués, ver el dedo de Dios en el cumplimiento de estas palabras?

—«Por medio de estas operaciones de la *magia moderna*, vemos reproducirse entre nosotros las evocaciones i los oráculos, las consultas, *las curaciones* y los prestigios que han ilustrado los templos de los ídolos y los antros de las sibilas.»

Los principios del Espiritismo no tienen ninguna relación con los de la magia. Por consiguiente, ningún espíritu está á las órdenes de los hombres, ningún medio de obligarles existe, ningún signo o fórmula cabalística, ningún descubrimiento de tesoros ó procedimientos para enriquecerse, ningún milagro ó prodigio, ninguna adivinación ni apariciones fantásticas; nada en fin de lo que constituye el objeto y los elementos esenciales de la magia; no solamente el Espiritismo desapueba todo esto, sino que demuestra su imposibilidad é ineficacia. No hay, pues, ninguna analogía entre el

fin y los medios de la magia y los del Espiritismo; querer asimilarles es demostrar ignorancia ó mala fé; pero como los principios del Espiritismo no tienen nada secreto y se formulan en terminos claros y explícitos, el error no podrá prevalecer.

En cuanto á los hechos de curaciones, admitidos en la precitada pastoral, debemos decir que el ejemplo está mal elegido para evadir las relaciones con los espíritus. Es uno de los beneficios que tocan más de cerca y que cada uno puede apreciar; poca gente estará dispuesta á renunciar á ellos, sobre todo después de haber apurado todos los otros medios, por el temor de ser curados por el diablo; al contrario, mas de uno dirá que si el diablo cura, hace una buena acción.

—«¿Cuáles son los agentes secretos de estos fenómenos y los verdaderos actores de estas escenas inexplicables? Los angeles no aceptarían estos papeles indignos, y no se prestarían á todos los caprichos de una vana curiosidad.»

El autor quiere hablar de las manifestaciones físicas de los espíritus; entre ellas, ciertamente, las hay que serían poco dignas de espíritus superiores; y si á la palabra *ángeles* sustituis *puros espíritus* ó *espíritus superiores*; tendreis exactamente lo que dice el Espiritismo. Pero no se podrían poner en la misma línea las comunicaciones inteligentes por medio de la escritura, la palabra, la audición, ó cualquier otro medio, que no son indignas de los buenos espíritus, como no lo son en la tierra de los hombres más eminentes, ni las apariciones, ni las curaciones y una porción de otros hechos que los libros sagrados citan con profusion, atribuyendoselos á los angeles ó á los santos. Si, pués, los angeles y los santos han producido en otro tiempo fenómenos semejantes, ¿porqué no los han de producir ahora? ¿Porqué los mismos hechos serían hoy obra del demonio en manos de ciertas personas, siendo así que son reputados milagros de los santos en las de otras? Sostener una tesis semejante es abdicar de la lógica.

(continuará)

Santiago, Setiembre de 1907.